02/Una ética del cuidado para el sufrimiento de la persona en su final

Marta López Alonso,
Doctora en Teología Moral. Máster en bioética. Diplomada en enfermería.
Hospital Universitario Ramón y Cajal.
Facultad de Ciencias de la Salud San Rafael-Nebrija. Madrid.

La razón de cuidar es que en el centro del escenario está una persona que vive una experiencia única de sufrimiento. El dolor cotidiano y las limitaciones reclaman cuidado y presencia, pero ¿qué nos lo impide?
La lucha está entre acercarnos y rodear, que es sinónimo de abandono.
Qué incomodo es el lamento y cuidar implica no solo soportarlo, sino sostenerlo y estar junto a la persona en silencio presente.
Sea cual sea el escenario de la muerte y su sufrimiento siempre hay un ser humano que está sentado aguardando. En medio del dilema, clínico y bioético, está el personal, sentirnos cuidados, confiados o rechazados por Dios y por los hombres. Queremos entrar en el conflicto de la mano del creyente del Libro de las Lamentaciones para realzar el poder de la presencia que acompaña en el dolor como forma de cuidar.

Palabras clave: Sufrimiento, Soledad, Silencio, Fe, Cuidado.

The reason for caring is that in the center stage is a person who lives a unique experience of suffering. The daily pain and limitations demand care and presence, but what prevents us from giving it? The struggle is between getting closer and surrounding, which is synonymous with abandonment. How uncomfortable is the lament! Caring implies not only to bear it, but also to support it and to be together with the person in present silence.
Whatever the scenario of death and its suffering, there is always a human being sitting waiting. In the midst of the dilemma – clinical and bioethical – there are the staff, feeling cared for, trusted or rejected by God and by men. We want to enter into the conflict by the hand of the believer in the Book of Lamentations to enhance the power of the presence that accompanies though pain as a way of caring.

Key words: Suffering, Solitude, Silence, Faith, Care.

Cómo aportar y pensar algo nuevo a un tema tan hablado, pensado y orado por miles de personas. Cómo hacer silencio para que fluya el sentido que trasciende todo dolor y todo quebranto.

En medio de una sociedad donde tenemos serias dificultades para escuchar y contemplar, puede resultar extraño invitar a atender para enterarnos de lo que acontece en el corazón del otro. Solo así percibiremos el borde del abismo, el quebranto de muchas personas que están hoy abocadas al final de su vida, no solo por la enfermedad, sino por las situaciones extremas que la ponen en riesgo. Al detectar el dolor podremos cuidar como signo y esencia de Dios.

El enfermo experimenta la incapacidad total o parcial para ejecutar diversas funciones de la vida. Se vive cansado circundado en un malestar que configura cada instante del tiempo. Percibimos una amenaza impregnada de miedo porque vemos, de forma desdibujada, la **"posible imposibilidad"** de cumplir proyectos y deseos, así como un futuro incierto e incontrolable que afecta tanto al ámbito corporal como al espiritual, y cala hasta la raíz última de la persona:

> **"De una espiral de destructividad centrípeta el hombre genera una fuerza creadora centrífuga. Aunque sea paradójico a su vez, en la medida que el hombre enfermo guiado de la fuerza centrípeta es acercado a su centro, encontrándose íntimamente consigo mismo, es alejado del centro para recrearse fuera.**
> **Ni subsumido en sí como en un agujero negro, ni perdido en el exterior huyendo de su corporalidad ni de la mente" (López Alonso, 2011b).**

Ante esta situación, cuidar es no dar un rodeo, es sostener, percibir la densidad del mundo humano que envuelve y vive el enfermo, cargar y tratar de transportar a la luz, a la posibilidad de vida en medio de la pérdida de la vida. Cómo cuidar cuando, además, la forma de realizarlo se vuelve un cuestionamiento hacia Dios y los hermanos. Nuestro deber moral de cuidar camina de la mano con la pregunta sobre si es **Dios Aquel que mañana tras mañana se ocupa y preocupa de nosotros. (López Alonso, 2011a).**

Cuando la oscuridad se convierte en nuestra guía, la luz queda enturbiada y, con ella, la esperanza que nos otorga la Cruz como apoyo para llegar a la vida. Cuando aun en el abatimiento seguimos a Jesús, y le miramos como Él miró a su Padre con una mirada que perdura, apartamos el mal y apartamos al malo, superamos la banalidad de la situación y caminamos a la luz, aunque solo sea a sus rendijas.

El Libro de las Lamentaciones muestra de forma poética la mayor caída humana y el abismo del que pende su pervivencia. El hilo que nos ata a la vida es tan sutil que, en este angustioso, realista y bello canto, se torna en un cordón umbilical que nos ata a la existencia sagrada.

La poliédrica realidad del sufrimiento humano cuando ve aproximarse el final de la vida nos mete de lleno en el Misterio. El agrio realismo del desconsuelo de este creyente, que ve desmoronarse todos los planos de su existencia, parece casi imposible de restituir salvo por ese hilo de vida de fe, un sutil nexo, que pide quietud e introspección para hallarlo.

Estamos ante una lamentación individual, que si bien nos conduce al quebranto, a la vez posee en sus raíces una enorme fuerza que solo puede ser posible en la invencible confianza en Dios. En la situación límite de sufrimiento el abismo se abre, a la espera de que alguien sostenga y soporte la catarata de sentimientos y pensamientos. Apresado en la propia experiencia, este doliente será parte de la metáfora de **Jünger** (1995) que asemeja el dolor a un molino que, con sus movimientos cada vez más finos y cada vez más hondos, va apresando los granos.

La cotidianidad del sufrimiento atenaza y tritura cada día la existencia y la persona vive en una profunda indefensión que cursa con la quiebra de los recursos. Acorralado por la vida, las expresiones que vamos a leer hacen plástica la experiencia de angustia vital de quien se siente abatido. La composición poética nos estremece y nos une a este hombre o mujer que se siente solo a la espera de que su sabiduría, dispuesta a pasear por el camino de lo sagrado le haga saberse acompañado.

1/

La voz del quebranto: te has arropado en una nube para que no pasara la oración *(Lam 3,44).*

La propia plasticidad del texto nos muestra a un ser humano que siente el cuerpo físico y el espiritual al borde de sus límites. Qué puede sentir alguien que evidencia que **su carne y su piel se han consumido, y se han quebrado sus huesos (v.4), mientras admite morar en tinieblas (v.6).**

Contempla su interior y convive con el encerramiento propio de quien no se ve con fuerzas ni recursos para romper el asedio de la enfermedad:

> **"Me ha tapiado, no puedo salir; me ha echado pesadas cadenas" (v.7).**

El realismo del texto es atronador y la experiencia de desamparo de Dios en estos versículos es tan potente que casi diríamos que no hay posibilidad de rehacer la confianza en Él.

Cercado, ni el grito ni el auxilio parecen tener éxito, aparece como inevitable creer que Dios **sofoca la plegaria (v.8),** y sofocar es apagar, ahogar. A nuestro hombre ni le queda el recurso de lanzar palabras incendiarias que atraviesen y fundan la realidad sagrada hasta lograr el objetivo de una respuesta. De forma sorpresiva, el texto girará y nos dará frente a la imagen de un Dios que extingue toda plegaria, un perfil del siempre buscado quien responde a la invocación con presencia:

> **"Yahvé pasó por delante de él" (Ex 34,6).**

Cuando nos sentimos atrapados en la realidad del cuerpo, de la enfermedad y de la desdicha, tratamos de buscar salida, soluciones y caminos que nos permitan recobrar la salud, restablecer la paz perdida y la autonomía de la vida, pero las afirmaciones del orante son radicales, ha cercado mi camino con **sillares, ha torcido mis senderos (v.9).** Quien sufre siente que nada saldrá bien y que no parece haber atajos que desbloqueen la angustia. No hay tregua, el camino se ha intrincado para desgarrarle y, confuso, siente que esta experiencia le ha dejado **destrozado (v.11).**

Este alegato pone a Dios en cuestión cuando las palabras le culpan a Él de su desgracia:

LH n.318

"Ha tensado su arco y me ha hecho blanco de sus flechas" (v.12).

La amargura del dolor llega a su punto álgido y nuestro hombre lo sabe porque afirma me encuentro lejos de la paz, he olvidado la dicha. El creyente abatido conversa consigo mismo y con un Dios aparentemente ausente y anuncia:

"¡Ha fenecido mi vigor, y la esperanza que me venía de Yahvé!" (v.18).

El recuerdo de su miseria y la vida errante le lleva a clamar que todo es ajenjo y amargura **(v.19).** El poder de la memoria, tan selectiva como traidora en numerosas ocasiones nos lleva a recordar solo los momentos de la vida donde la ausencia o la dificultad de encontrar la presencia se hicieron potentes. La vida nómada no tiene hogar, no hay centro donde reposar, el cansancio y el desarraigo hacen de su experiencia algo amargo, como si la vida se le fuera en un camino sin dirección. Hay etapas de la vida donde nada nos haría sospechar que Alguien nos espera mirando nuestra llegada desde cualquier camino **(Lc 15,20).** Pero solo la fe nos hará evidente que a Dios se puede llegar desde cualquier senda; incluso las que nos hacen parecer perdidos nos devuelven a Él.

La vida errante nos evoca al **Deuteronomio 8,** donde hay un imperativo sagrado:

"Acuérdate de todo el camino que Dios te ha hecho recorrer" (v.2),

con el fin de saber lo que había en tu corazón. Porque no parece que la propia fuerza nos saque del camino de serpientes abrasadoras y escorpiones, es decir, de la experiencia de mal en todas sus formas, sino la gracia, a veces imperceptible que silente nos envuelve.

Hay una forma de recuerdo que sesga la perspectiva y **hunde el espíritu dentro de nosotros (v.20):** es el sufrimiento que desearía arrancar la memoria.

En cambio, sabernos llevados en medio del sinsentido nos puede llevar a pensar que Dios cuida de nosotros de una forma que es ciega a nuestros ojos, pero real. Es la confianza de quien se abandona en un cuidado no controlado por nosotros.

Si bien el poder del recuerdo en el dolor es profundo, debemos pensar en cómo a su vez la memoria cercenada en las demencias es una enorme causa de dolor para quienes ven irse a los suyos, reconocibles en el cuerpo, pero ausentes en la persona.

La soledad de los que han perdido la memoria de su identidad está en Dios. Dios piensa mientras el hombre olvida y, así, esa vida queda en su memoria.

2/

La voz de la espera: pero algo traigo a la memoria, algo que me hace esperar *(Lam 3, 21).*

De pronto el texto apela a la memoria y hace un giro inesperado como si se abriese una ventana que hace entrar una brisa diferente de difícil percepción, quizá solo para quien esté entregado a la exploración de su alma.

Nuestro deber moral de cuidar camina de la mano con la pregunta sobre si es Dios, Aquel que mañana tras mañana se ocupa y preocupa de nosotros

La memoria se convierte entonces en fuente de espera activa, **algo que me hace esperar (v.21).** El dinamismo hacia la vida se despliega luminoso centrado en una afirmación:

"Que el amor de Yahvé no ha acabado, que no se ha agotado su ternura" y ¡grande es tu fidelidad! (v.23).

Una fidelidad actualizada en el hoy que se reaviva cada amanecer para dar posibilidad al presente.

Solo las cimas de la desesperación necesitan creer de verdad, en certezas no evidentes, para poder aferrarse a la vida. Con un enorme sentimiento de desprotección se lanza a la aventura de creer y confiar. Desheredado entenderá que **su porción es Yahvé (v.24),** y en medio del diálogo interior nace la afirmación que le encamina a la vida: **"¡en Él esperaré!".**

Toma centralidad en el texto que la bondad de Dios emerge en forma de fidelidad cuando se espera y se busca. Porque:

"Bueno es esperar en silencio la salvación de Yahvé" (v.26).

Aquí cabría un silencio, el del que sufre y el de quienes lo contemplamos, o el nuestro cuando el dolor embriaga nuestra primera persona.

Aquí queríamos llegar en nuestro escrito, a sentarnos junto al que sufre, atentos a sus sentimientos, como forma de cuidado. De nuevo inclinarnos, agacharnos, para ver las heridas y valorar si algo podemos hacer. Pero más allá de todo activismo, este texto llama a la meditación y a la contemplación cercana de la persona que sufre para convertirnos en compañía sagrada y vigilante de su dolor.

Así, sentado, está nuestro hermano, lo que nos apunta más a la dimensión pasiva de quien aguarda la gracia oculta entre los nubarrones, finitud frente a infinitud, en el límite de su ser ante el abismo y la posibilidad de ser sostenido.

Este potente relato nos ha enfrentado con el núcleo estructurador de su personalidad, su interioridad más profunda.

De ahí nacerá el convencimiento, **pero algo me hace esperar…el amor y la ternura de Yahvé no se han acabado (v.21-22).** No se llega a este puerto sin un viaje por la interioridad de aguas profundas. Lo difícil no es lo que logremos, lo complicado es transitar estas aguas. La firmeza de su fe convierte el lamento en voz veraz, creíble, y no en victimismo egocéntrico.

Porque **bueno es esperar en silencio la salvación de Yahvé.** Tras una frase de esta densidad no sabemos si callar, ensordecer los sentidos, rodearnos del silencio que embriaga y dulcifica la vida. Cuando toca aguardar en silencio y serenidad, no es en resignación… no confundamos. Se trata del sigilo de la vida, el cuerpo se aglutina en torno a lo esencial, las emociones se organizan dispuestas a permitir que nada ocupe el espacio interior, la sutil calma.

La mente aparta aquello que enturbia y endemonia el silencio poblándolo de miedo y sobre todo de sinsentido y desesperanza. Todo queda a la espera de que Jesús pronuncie sus palabras: **"la paz con vosotros" (Lc 24,36; Jn 20,19).**

Debería ser un mantra o una letanía, **"bueno es aguardar en silencio".** La voz del silencio y la voz de la espera son las dos fuentes que, teniendo su origen y destino en Dios, hacen que tome otra dimensión la experiencia del sufrimiento en espera de un rescate aunque sea de la forma que Él diseñe.

"Que se esté solo y silencioso, cuando el Señor se lo impone" (v.28),

Una de las claves es leer la imposición como castigo o como lugar sagrado de posibilidades.

Jesús afirmará: **el que me ha enviado está conmigo: no me ha dejado solo (Jn 8, 29).** La soledad aparece como punto de inflexión, donde la persona trata de ir elaborando sus propias razones vitales para levantarse. Aunque resulte paradójico, Frankl asemeja el sufrimiento a una especie de metabolismo.
(Frankl, 1987, p.253-254).

En el metabolismo las sustancias en su esencia son transformadas en fuerza. Cuando se asume el sufrimiento, cuando se hace propio, el ser humano crece y siente un incremento de fuerza. Se trata, al final de la vida, de crecer en fuerza cuando la fuerza se agota.

Cuando nuestro hombre parece que se quiebra, brotan las frondosas ramas del potencial humano siempre imprevisible, sorprendente, creativo y misterioso. **Porque no desecha para siempre a los humanos el Señor (v.31).** No es compatible con el cuidado de Dios que nos aparte de su memoria y de su corazón. Él se compadece **por su inmenso amor (v.32).**

Aquí radica la fe, en creer o no, en ese inmenso amor. Aquí de pronto el ser humano, en lo hondo de su silenciada persona, se lo pregunta una y otra vez, hasta encontrar ese núcleo que le haga sentirse amado y no abandonado a pesar de la adversa realidad. **Quizá quede esperanza (v.29).**

El sufrimiento humano, **¿no lo ve el Señor?**, no advierte cuando **se tuerce el derecho,** cuando se hace **injusticia en su proceso (v.35.36),** cuando son tenidos por **basura** miles de personas **(v.45),** dañados en su dignidad ante los pueblos impasibles.

Esto es tan actual que hace que la voz individual tome un tono coral, polifónico, uniendo a cada aflicción un rostro humano extrapolable a muchos: **Terror y espanto es nuestra suerte, desolación y ruina (v.47).**

Cuidar aquí toma una dimensión pública y social, la responsabilidad de sentarnos junto a las víctimas de la barbarie.

Los ojos fluyen sin cesar, sin alivio, arroyos de lágrimas se derraman a la espera de otros ojos: **"hasta que mire y vea Yahvé desde los cielos" (v.50).**

Descubre tu presencia, y máteme tu vista y hermosura; mira que la dolencia de amor, que no se cura sino con la presencia y la figura (CB11), porque el que siente en sí dolencia de amor, esto es falta de amor, es señal que tiene algún amor y le ruega que su presencia encubierta sea afectiva para que pueda verle en su belleza total (San Juan De La Cruz, 1993, p.629-633).

Necesitamos otros ojos, tanto humanos como divinos, ojos que nos comprendan, que se sienten a nuestro lado y esperen con nosotros, ojos pacientes que nos acompañen hasta el límite en que nuestra soledad es propia e impenetrable.

Aquí, nos deberíamos preguntar por cómo cuidamos la soledad existencial y en especial la del final de la vida.

En el estatismo de la soledad cargada de sentimientos de desprotección, Dios lo envuelve, no quita sus ojos de él y lo custodia como a sus propios ojos.

Su forma de cuidar tiene relación con mirar atentamente, vigilar y guardar con afán protector:

"Lo encuentra en tierra desértica, en yermo con ulular de soledad; lo rodea, lo atiende, cuídalo como a las niñas de sus ojos" (Dt 32,10).

Ahí, en ese lugar no deseado, impuesto por las circunstancias y entendido como una honda fosa: **Invoqué tu Nombre y Tú oíste mi grito (v.55-56).** Se da un Nombre y un Tú ambos con mayúscula. La búsqueda desesperada del que es Otro, siempre Señor, siempre luminoso. Él es esperado porque es conocido, y necesitamos reconocerlo de nuevo, como compañía que **se acerca y susurra: "¡Nada temas!" (v.57).** No basta una frase, es una experiencia, es hacer suelo del corazón la certeza de que **Él cuida de vosotros (1Pe 5,7)** tras confiarle y encargarle todas vuestras preocupaciones. La Escritura nos hace una llamada a descargar en Dios el cansancio, a reposarlo en Él. Ante la ausencia de refugio, Dios se ofrece como resguardo en un vínculo cuya firmeza es indestructible.

3/

Conclusión.

Probablemente estás líneas hayan resultado duras en algún momento, y ha sido porque nos hemos sentado a leer el relato de un dolor parados en todas sus ranuras y leyendo entre ellas. Sentados, silenciosos y solitarios, junto al que sufre y junto a nuestro dolor, hemos podido atisbar la posibilidad de elevarnos, de levantarnos, de alzar la vida buscando al que parece escondido entre las nubes, impasible a nuestro delirio. Ahí, la posibilidad, el **quizás haya esperanza,** se abre…dejando claros en las nubes. El texto nos invita a cuidar sentándonos en silencio junto al que sufre, para ser presencia reflejada de Dios, puerta de la gracia.

Bibliografia

Frankl, V. E. (1987).
El hombre doliente.
Fundamentos antropológicos de la psicoterapia.
Barcelona: Herder. 253-254.

Jünger, E. (1995).
Sobre el dolor.
Barcelona: Tusquets Editores. 15.

López Alonso, M. (2011a).
El cuidado: un imperativo para la bioética.
Madrid: Comillas n.20. 293-295.

López Alonso, M. (2011b).
Teología y bioética ante los límites de la vida.
En A. Monclús. (ed.),
Teologías en entredicho (p. 204).
UIMP-Grupo editor Universitario GEU.

San Juan de la Cruz. (1993).
Cántico espiritual.
Madrid: Editorial de Espiritualidad. 629-633.